

LA VENGANZA DE ROMA

SIMON SCARROW

LA VENGANZA DE ROMA

Libro XXIII de Quinto Licinio Cato

Traducción de Ana Herrera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Revenge of Rome*

Diseño de la sobrecubierta: 

Mapas de Tim Peters

Primera edición: noviembre de 2025

© Simon Scarrow, 2024

© de la traducción: Ana Herrera, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputación, 262, 2º1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6468-2

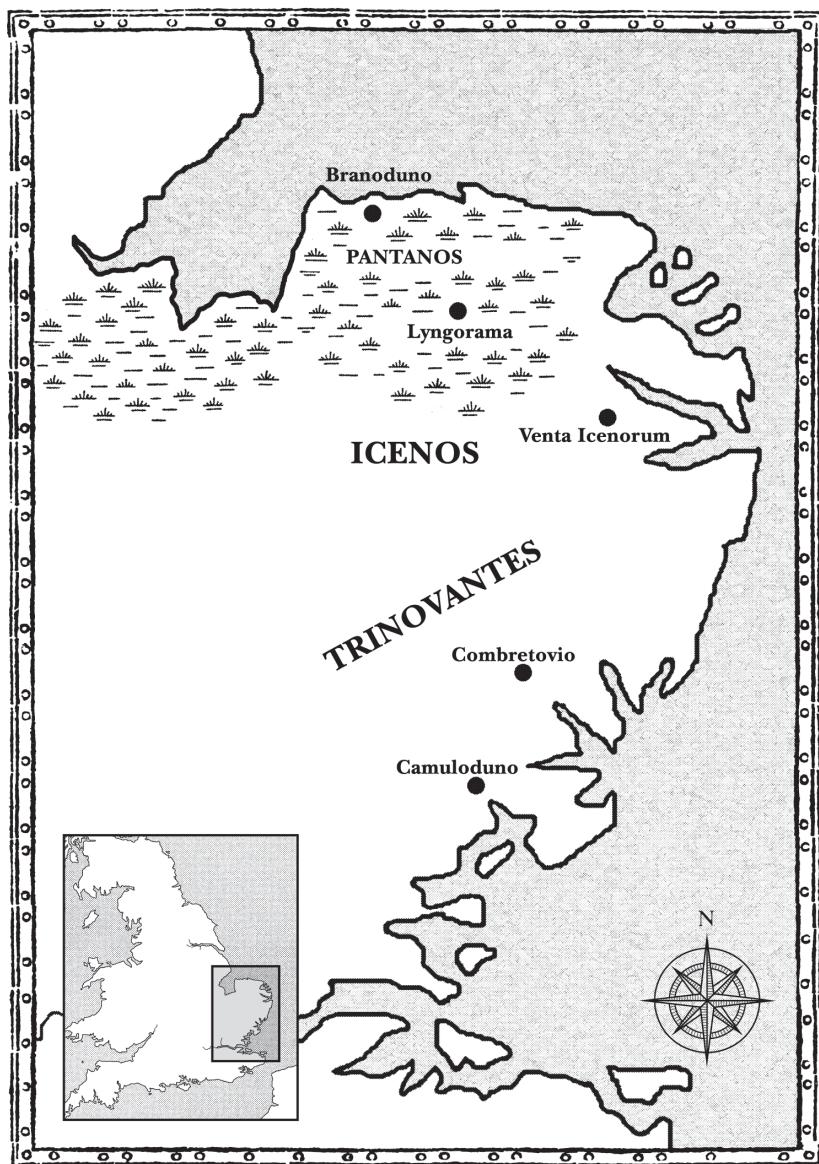
Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 18771-2025

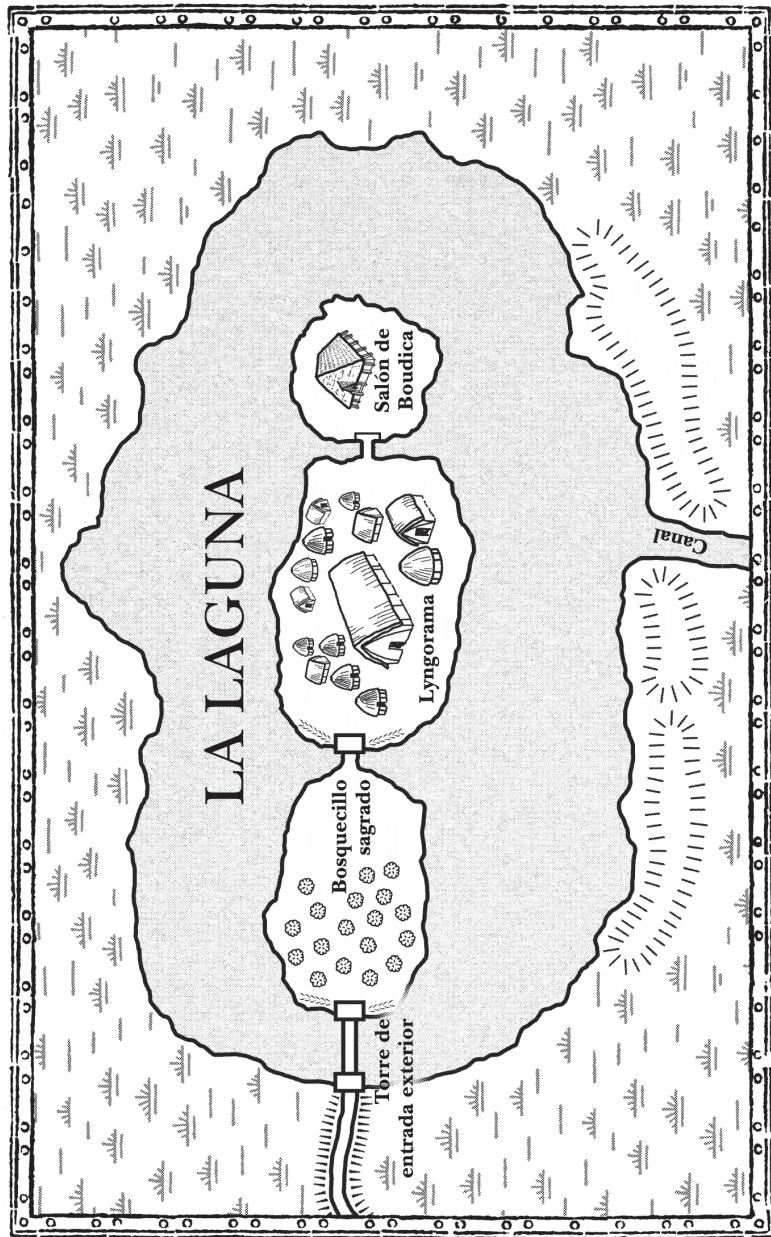
Impreso en España

*Pour mes bons amis Yannick, Véronique,
Solène et Évrard Vermorel
Merci pour tous les bons moments!*

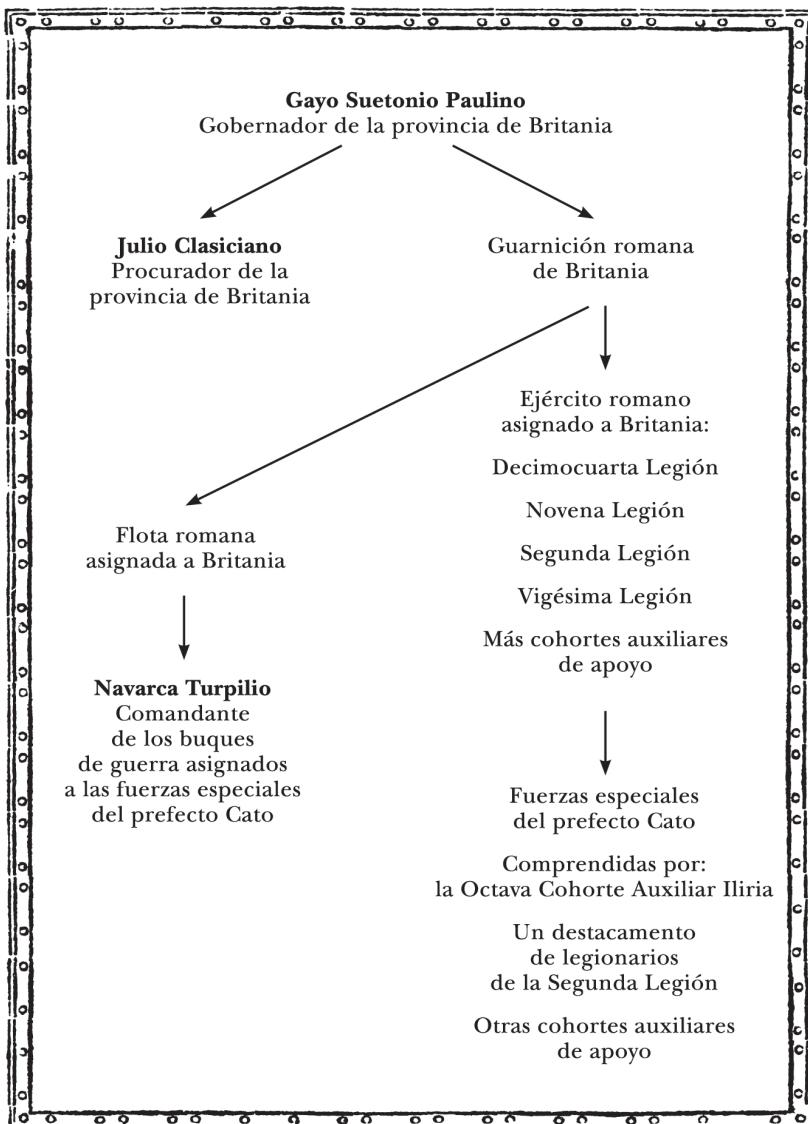
BRITANIA: TERRITORIO REBELDE, 61 d. de C.



LYNGOMARA 61 d. de C.



CADENA DE MANDO



PERSONAJES

Ejército romano en Britania

Prefecto Cato, comandante de la Octava Cohorte Auxiliar Iliria.

Cayo Suetonio Paulino, gobernador de la provincia romana de Britania.

Prefecto Trasilo, comandante del contingente de caballería de la Décima Cohorte Gálica Auxiliar.

Centurión Galerio, centurión de mayor rango de la Octava Cohorte.

Centurión Macro, legionario veterano y segundo al mando del prefecto Cato.

Tribuno Helvio, jefe del estado mayor del gobernador.

Agrícola, tribuno en el estado mayor del gobernador.

Frigeno, cirujano de la Octava Cohorte.

Trebonio, sirviente de Cato.

Prefecto Cuadrillo, prefecto de una cohorte de caballería.

Julio Clasiciano, procurador enviado desde Roma para informar sobre la situación en Britania.

Centurión Torcino, comandante de la cohorte legionaria destacada en las fuerzas de Cato.

Prefecto Fulmino, prefecto de una cohorte de infantería.

Navarca Turpilio, comandante de un escuadrón naval de la flota con base en Britania.

Legionario Cayo Bullo.

Policlito.

Civiles romanos

Claudia Acté, amante del prefecto Cato y antigua examante de Nerón.

Petronela, esposa de Macro.

Lucio, hijo de Cato.

Tito Besodio, capitán del *Minerva*, un emprendedor con vista para la aventura.

Britanos

Boudica, reina de los icenos, orgullosa líder de los cruelmente oprimidos por Roma.

Sifodubno, noble de los icenos y consejero de Boudica.

Bardea y Merida, hijas de Boudica.

Tasciovano, jefe del asentamiento de Combretovio.

Vellocato, hijo de Tasciovano.

Bladoco, jefe de los druidas de Boudica.

Ganomeno, jefe del asentamiento de Branoduno.

Hardrin, su nieto.

Garamagno, un brigante.

Varibagno, comandante del cuerpo de guardia de Boudica.

Pernocato, un cazador.

En Roma

Emperador Nerón.

Popea Sabina, amante de Nerón.

Burrus, comandante de la Guardia Pretoriana.

Séneca, senador de lengua melosa.

CAPÍTULO UNO

Britania, 61 d. C.

La reina icena miró el campo de batalla que se extendía ante ella con una mezcla de horror y desesperación. En todo el promontorio, decenas de miles de guerreros suyos se habían visto obligados a retroceder, acosados por los romanos. En el centro, una gran cuña de legionarios iba abriéndose camino por el corazón de su desfalleciente ejército. Las tropas auxiliares avanzaban también por los flancos, obligando todo el tiempo a los rebeldes a retroceder hacia la vasta zona de carros y carretas diseminados por toda la cima de la colina. Las familias de los guerreros y demás seguidores de campo habían esperado presenciar la completa destrucción del ejército romano del gobernador Suetonio, pero su inicial convicción de inminente victoria y sus triunfantes vítores habían sucumbido hacía rato a una creciente sensación de ansiedad y silencio.

Cuatro veces había cargado el ejército rebelde atravesando la corriente a los pies del promontorio, y subiendo la parte más alejada de la colina, para atacar a las pequeñas fuerzas de romanos cuyos flancos cubrían espesos bosques. Cada ataque había sido recibido con una lluvia de jabalinas, pernos de balista y otros proyectiles, y finalmente los dos ban-

dos se enzarzaron en combate cuerpo a cuerpo. Tras un sanguinario rechazo, los rebeldes se retiraron al otro lado de la corriente para reagruparse y reanudar sus esfuerzos, dejando sus muertos sembrados por la colina, frente a la vanguardia romana. El enemigo había llenado los huecos de sus filas, retirado las jabalinas utilizables del campo de batalla y se disponía a mantener de nuevo su terreno. Aunque sus reservas se estaban agotando rápidamente, la línea romana sólo se había roto una vez durante el día, e incluso entonces lograron ocuparse con celeridad de la amenaza. Tras volver a reordenar las filas de nuevo, expulsaron a los guerreros de Boudica.

Ahora, el cuarto ataque estaba resultando desastroso. Los guerreros rebeldes tenían la moral muy baja, y se habían retirado a sus bandas de guerra, junto a los caudillos. Con tantos de sus camaradas muertos en el promontorio que tenían enfrente, y los heridos gritando y suplicando ayuda, cualquier atisbo de valor y confianza había desaparecido. Esta vez los romanos, como si notaran su falta de coraje, los habían perseguido colina abajo, al otro lado de la corriente y hasta el lado más alejado.

La lluvia que había empezado unas horas antes ahora era un verdadero diluvio. Los cada vez más frecuentes relámpagos iluminaban el campo de batalla, dejando congelados a los combatientes en la oscuridad plateada un instante. Y bastó ese instante para que la reina Boudica comprendiera la horrible verdad. Su ejército no sólo estaba derrotado, sino que corría peligro de sufrir la aniquilación. Ya el flanco de recho estaba siendo empujado de vuelta hacia las carretas y carros del tren de bagaje, y los espectadores apiñados encima de ellos se apresuraban a bajar y huir. Sus gritos de pánico podían oírse incluso por encima del estrépito del combate.

La punta de la cuña romana se dirigía al centro de la línea rebelde en busca de Boudica y su séquito, que iban montados sobre todo en carros, para observar mejor la batalla. Sus dos hijas, Bardea y Merida, estaban de pie en un carro cercano, igual de sobrecogidas al contemplar la catástrofe que se desarrollaba ante ellas. Uno de los consejeros más cercanos de Boudica, Sifodubno, se acercó y se agarró al borde del panel lateral del carro que tapaba la rueda.

—La batalla está perdida —dijo, lo bastante fuerte para que ella oyera sus palabras—. Debes irte mientras quede tiempo aún de escapar.

Boudica lo miró de arriba abajo con expresión amarga.

—Me niego. No abandonaré a mi pueblo. La traición es inasumible.

—Nada que traicionar aquí... Hemos perdido. Pero la rebelión continuará mientras tú sigas viva. Si mueres hoy, o si te toman cautiva, toda esperanza de expulsar a los romanos de nuestras tierras desaparecerá contigo. ¿Es eso lo que deseas?

Era un torpe intento de apelar a sus emociones, pero en aquellas palabras había algo de verdad. Los rebeldes ya habían demostrado que se podía derrotar a los romanos. Su Novena Legión fue destrozada en una emboscada, los veteranos del asentamiento romano de Camuloduno acabaron vencidos, y las ciudades de Londinium y Verulamio arrasadas hasta los cimientos, junto a sus habitantes. Las tribus de toda la isla se verían muy estimuladas por el ejemplo establecido por Boudica y sus seguidores. ¿Pero los pondría nerviosos una derrota aplastante como la que acababan de sufrir? ¿Se desmoronaría su capacidad de resistencia? Los rebeldes habían estado a punto de expulsar a los invasores romanos de Britania. El espíritu de la rebelión se mantendría, decidió ella. Aunque, para ello, los líderes que habían inspirado a tantos debían sobrevivir, para continuar la lucha.

—¡Boudica! —El consejero sacudió el panel lateral—. Tienes que irte. ¡Ahora!

Ella respiró hondo y su decisión se fortaleció, y acabó asintiendo.

—Muy bien.

Sifodubno no esperó más instrucciones, se volvió y echó a correr hacia el capitán de la guardia real, un grupo de los mejores guerreros icenos. Éste se encontraba junto con sus hombres frente a los mozos de cuadras y las monturas. El consejero señaló hacia las carretas que bloqueaban el camino detrás de Boudica y su séquito.

—¡Apartad todo eso!

El capitán dudó, así que buscó a la reina con la mirada.

—Boudica lo ha ordenado —soltó Sifodubno—. ¡Hacedlo ya!

El capitán se llevó la mano junto a la boca para aullar la orden, y al momento sus hombres y él corrieron hacia el carro más cercano, ya abandonado por su propietario. Agarraron el yugo, aseguraron bien los pies y tiraron de las ruedas delanteras hasta sacar la carreta del barro.

—¡Vamos, chicos! ¡Moved a este hijo de puta!

Durante unos pocos instantes, el carro siguió quieto, pero luego empezó a moverse poco a poco, avanzando por encima del suelo fangoso hasta coger impulso. A continuación, los guardias se trasladaron al siguiente carro de la fila. Repitieron el proceso con el segundo carro, mientras Boudica contemplaba a los romanos, cada vez más cerca, a menos de cincuenta pasos de distancia. Los rebeldes se vieron obligados a retroceder hacia la reina, amenazando con mezclarse con su séquito. Ella se volvió hacia el conductor de su carro.

—¡Demos la vuelta y vayamos hacia el hueco que nos han abierto!

El conductor gritó a los dos caballos, a ambos lados del yugo, y el vehículo avanzó traqueteando por la ladera, apartándose del campo de batalla. Los demás carros de combate los siguieron, así que la formación dispersa fue moviéndose hacia el espacio que ensanchaban los guardias. Cuando su carro se acercaba ya a la abertura, Boudica ordenó al conductor que se detuviera e hizo señas para que pasaran los demás. Uno por uno, bajo la lluvia intensa, descendieron por el otro lado de la colina.

Su consejero volvió corriendo hacia ella.

—¿Qué estás esperando, mi reina? ¡Vete! ¡Por Andraste, vete!

Boudica estaba desgarrada por el deseo de escapar y el sentido del honor que le exigía quedarse con su ejército y compartir su destino. Un destino ya demasiado claro. El flanco derecho estaba aplastado contra la fila de carretas, y los hombres habían quedado tan apretados que no podían ni moverse ni empuñar siquiera sus armas. Morían a manos de los soldados auxiliares cuyas espadas cortas resultaban excelentes en espacios confinados. A medida que los rebeldes eran asesinados, sus enemigos trepaban por encima de los muertos para acercarse a los que todavía seguían vivos, y que dejaban escapar patéticos lamentos.

Más cerca, los que se encontraban a la retaguardia de la línea rebelde deshecha ya habían captado el movimiento de la partida de mando de Boudica, y, mientras éstos huían a través del hueco entre las carretas, una serie de gritos iracundos corrieron entre las filas.

—¡Boudica huye!

—¡Nos ha traicionado! ¡Que los dioses tengan piedad de nosotros!

Aquellas palabras se le clavaron en el corazón como una espada. Había pocas esperanzas de que los que queda-

ban pudieran escapar, y los romanos no mostrarían compasión alguna con ningún rebelde. Se había vertido tanta sangre romana durante la rebelión que su sed de venganza no se satisfaría fácilmente.

Cuando corrió la voz del abandono de Boudica entre las filas rebeldes, se alzó un aullido de desesperación que impactó en lo más profundo de su ser. Le pareció que aquél era el fin de la gran causa que había unido a los hombres de las tribus, aquellos que fueron acerbos enemigos antes de que llegasen los romanos. Tanta esperanza, tanta confianza en que los invasores serían arrojados al mar y los pueblos de Britania volverían a ser libres de nuevo... El recuerdo de las risas y la alegría que habían acompañado las filas cada vez más nutridas del ejército rebelde, que marchaba de victoria en victoria, ahora le sonaba hueco. El primer atisbo de su aplastante derrota la había llenado con su amargo fruto.

Se apartó de la espantosa escena y ordenó al conductor de su carro que pasara por el hueco. Los otros vehículos esperaban a poca distancia colina abajo, y a medida que se iba acercando pudo ver las expresiones entumecidas de sus seguidores más cercanos, mientras la lluvia caía a ráfagas como lanzas de acero desde unas nubes oscuras que emborronaban el paisaje. Al otro lado del promontorio y más allá se diseminaban los seguidores de campo. Habían dejado atrás sus carretas y su botín, y huían para salvar la vida. Tenían que alejarse todo lo posible del campo de batalla y encontrar un lugar donde esconderse de un enemigo que, seguramente, los perseguiría y asesinaría. Entre ellos se encontraban los guerreros que habían conseguido escalar el tren de bagaje y escapar a la matanza del campo de batalla. Los que todavía estaban en el lado más alejado de las carretas estaban condenados.

El terreno, ya revuelto por las carretas y los carros que habían subido hasta el risco el día anterior, estaba resbaladizo

zo y lleno de barro. Los caballos se esforzaban en bajar su carga por las colinas. Los carros de guerra, tan ligeros y maniobrables en terreno firme, ahora eran pesos muertos y torpes que se balanceaban y resbalaban de una forma alarmante. El aprieto no era menor para los guardias montados que seguían la lenta procesión. La mayoría de ellos habían desmontado y conducían con cuidado a sus caballos colina abajo, en lugar de arriesgarse a una caída que podía dejar lisiados tanto a la montura como al jinete.

Boudica y los seguidores que le quedaban miraban hacia atrás todo el rato, en busca de la primera señal de que los romanos habían irrumpido y corrían tras ellos. La reina sabía que no escatimaría esfuerzos para capturarla. El gobernador romano querría encadenarla y obligarla a marchar tras él, cuando desfilara triunfante por Roma. Algo que ella misma se instó tiempo atrás a impedir, a través del pacto con sus dos hijas. Si llegaba el momento y era necesario, se ayudarían a morir las unas a las otras. Habían jurado no convertirse jamás en trofeos de los malditos romanos.

Cuando llegaron al pie de la colina, el terreno llano hizo las cosas más fáciles. Los guardias volvieron a montar y su capitán se dirigió a Boudica, a la espera de sus órdenes. Era un momento crítico. ¿Debían dirigirse hacia el norte, abriéndose paso en torno a los fuertes romanos, muy dispersos, y unirse a las tribus que todavía no habían sido conquistadas? Los rebeldes podrían ponerse a merced de la reina Cartimandua, de los brigantes. ¿La convencería Boudica de tomar las armas y renovar la rebelión? Descartó la idea casi de inmediato, pues supondría cruzar un territorio enemigo sin garantía alguna de éxito y con muchas oportunidades de sufrir una traición. No tenía sentido tampoco dirigirse hacia el sur. Ése había sido siempre el centro del poder romano, antes de la rebelión, y se asegurarían mucho de consolidar

su control sobre esa parte de la provincia tras la aplastante victoria.

Les quedaba el este. A dos días de marcha, tres como máximo, se encontraba una región vasta de tierras llanas y pantanosas que se extendían hasta el mar y se adentraban mucho en el territorio de los icenos. Ella conocía muy bien esa zona, y era consciente de que allí podrían ocultarse para continuar con la resistencia. No había mejor lugar para recuperarse, reagruparse y reconstruir su ejército, para lanzar ataques relámpago contra villas, fuertes y patrullas romanas. El terreno embarrado sería su mejor defensa. El recuerdo del destino de Varo y sus tres legiones, que ya se las vieron con un terreno semejante, pesaría mucho en la mente de los comandantes romanos. No querrían enviar a sus mejores soldados a las trampas que Boudica podía tender para ellos. Habían sufrido ya grandes pérdidas, y sería muy difícil reclutar más soldados para restaurar el orden.

Al este, pues, decidió Boudica. Levantó la mano y señaló en dirección a las tierras natales de su tribu.

—Hacia allí.

El conductor agitó las riendas, gritó a los caballos y el carro se puso en marcha. Uno por uno los demás lo siguieron, y los guardias formaron una columna suelta para cubrir su retaguardia. Detrás, los sonidos del combate se fueron desvaneciendo y los gritos desolados del ejército rebelde acabaron por acallarse. En torno a ellos corrían los seguidores de campo, con expresión ansiosa, conscientes del paso de los carros y los hombres montados. Algunos miraron a Boudica con indisimulada hostilidad, aunque la mayoría la contemplaban con miedo y vergüenza, ante la escala de la derrota bajo su liderazgo. Sólo un puñado la vitorearon en voz baja, para instarla a continuar la lucha. Boudica les dio las gracias con un gesto y un breve saludo con la mano.

Ya habían cubierto unos tres kilómetros cuando vieron la mole oscura de un bosque ante ellos. Boudica señaló un camino que conducía hacia los árboles, y la columna se desvió hacia allí. Uno de los caballos que tiraba del carro de sus hijas se había quedado cojo y retrasaba al pequeño grupo. Un momento más tarde se oyó un grito de alarma desde la retaguardia. Tras agarrar el costado del carro con una mano, levantó la otra para proteger sus ojos de la lluvia y escrutó el paisaje. Entonces vio movimiento en un risco bajo, a un lado, y apareció una fila de jinetes coronándolo. Éstos empezaron a bajar por la ladera. Se dirigían hacia ellos. Boudica se volvió hacia sus hijas, que venían justo detrás.

—Conmigo. ¡Ahora! —ordenó, y las dos corrieron hacia el carro de su madre. La más joven, Merida, se movía con torpeza. Al pasarle el brazo en torno al cuerpo, Boudica notó que la joven temblaba.

—No nos cogerán. Recuerda lo que hemos acordado.

Merida la miró con una expresión de infinita tristeza, con la desesperación realzada más aún por los empapados rizos de su pelo, que llevaba pegados a la cabeza y encima de los hombros. Tocó el mango de la daga que colgaba de su cintura.

—Lo haré. Si es necesario. Y si no puedo, entonces...

Boudica la abrazó.

—Si no puedes, entonces haré que sea lo más rápido e indoloro, hija mía. Antes de que Bardea y yo nos unamos a ti.

Un carro se puso a su lado entonces, y Sifodubno soltó una orden al conductor.

—¡Mételas en el bosque! ¡Ahora!

El carro se alejó traqueteando, mientras el consejero cominaba a los demás para que se enfrentaran a sus perseguidores. El capitán de la guardia ya estaba reuniendo a sus hombres. Se les daba tan bien luchar a lomos de un caballo

como a pie. Los estandartes de batalla de la tribu icena representaban un caballo azul sobre un fondo blanco por una buena razón: se encontraban entre los mejores jinetes de toda Britania, iguales e incluso mejores que cualquier fuerza montada que los romanos pudieran lanzar contra ellos.

Boudica contempló a los cuatrocientos guardias acercarse a los romanos con paso firme. El enemigo estaba distraído persiguiendo a los fugitivos del campo de batalla. Mataban sin piedad ni discriminación a guerreros, ancianos, mujeres y niños, para saciar así su sed de sangre. El comandante respondió demasiado tarde al peligro, y cuando las notas de la trompeta de latón penetraron entre el murmullo de la lluvia y llamaron a combate, los guardias de Boudica ya irrumpían al trote. Los que huían de los romanos hicieron lo que pudieron para apartarse de su camino, pero aun así algunos acabaron pisoteados. La caballería enemiga todavía estaba recomponiéndose tras su estandarte cuando el capitán iceno dio la orden de cargar. Los jinetes rebeldes irrumpieron entre las desordenadas filas de los auxiliares, arrojaron sus lanzas y aprovecharon el peso superior de sus monturas para echar a un lado a los romanos, derribando a algunos de sus sillás. A otros los persiguieron y los abatieron mientras intentaban apartarse de la lucha. El comandante romano no había conseguido reunir a más de cincuenta de sus hombres y pronto se vieron rodeados.

Una sonrisa torva iluminó el rostro de Boudica al ver que el enemigo era destrozado por sus guerreros. Aquel castigo a la arrogante caballería romana fue una mínima compensación a la gran calamidad de aquel día. Un pequeño grupo de auxiliares se reunieron en torno a su estandarte e intentaron abrirse paso luchando entre los jinetes icenos. Uno tras otro fueron abatidos. Sólo tres de ellos consiguieron romper las líneas icenas, y apenas durante un momento,

ya que enseguida fueron perseguidos y exterminados por los que llevaban monturas más frescas.

El capitán de la guardia permitió a sus hombres un breve respiro para que fueran a rematar a los heridos romanos y saquear los cuerpos de sus enemigos. Luego formó de nuevo la banda y cabalgó para unirse con los carros. Pronto la columna llegó al borde del bosque y siguió el camino, que iba serpenteando entre los árboles. Al menos, la dureza del combate había dejado fatigado al enemigo, lo que les impediría perseguirlos. Sobre todo cuando oscureciera. Entonces sería una locura vagar por el bosque y exponerse a una emboscada.

Aunque su gente había sufrido una gran derrota, los guardias estaban emocionados por aquel pequeño triunfo sobre la caballería auxiliar. Algunos de ellos blandían las cabezas que habían cogido como trofeos, como marcaba la tradición guerrera celta. Mientras Boudica los veía intercambiar bravatas sobre sus hazañas, volvió a ella un recuerdo intenso de su niñez. Había presenciado la misma alegría por parte de los guerreros icenos que volvían de emboscadas contra tribus rivales. Colgaron las cabezas de sus enemigos en los dinteles de sus chozas e hicieron ofrendas a los dioses arrojando sus armas al río, y luego festejaron la victoria toda la noche.

Aquellos tiempos eran cosa del pasado. No habría regreso triunfante a la capital de los icenos para su guardia personal. Los romanos se asegurarían de quemar hasta los cimientos todo asentamiento iceno que pudieran localizar, tras asesinar a cuantos seres vivos encontraran. Así daban ejemplo a quienes osaban desafiar a Roma. Boudica y los supervivientes de su ejército, junto con aquellos que quedaban en los campamentos, tendrían que abandonar sus hogares y esconderse en los pantanos. La suya sería una existencia pe-

ligrosa, llena de penalidades, pero no había alternativa si querían sobrevivir y mantener encendida la llama de la rebelión. Pasarían muchos, muchos años, antes de que pudieran reconstruir un ejército lo bastante poderoso para enfrentarse de nuevo con las legiones, en campo abierto.

El capitán de la guardia se acercó cabalgando al carro de Boudica. Llevaba el estandarte capturado a la unidad de caballería romana en la mano. Sonrió antes de levantarla.

—¡Mi reina! Para ti.

Boudica contempló durante un momento el estandarte de los auxiliares con un odio intenso. Había visto de cerca los estandartes enemigos muchas veces, cuando asistía a ceremonias en Londinium. Y también antes, cuando luchaba junto a los romanos, en los tiempos en que todavía eran aliados. Eso fue antes de la rebelión que surgió por los ultrajes perpetrados contra la tribu. La rabia creció al recordar la violación de sus hijas y los azotes que sufrió ella misma a manos del procurador romano. Tuvo que coger aliento con fuerza para calmarse y dar sus órdenes al capitán. Estaba tentada de conservar el estandarte para usarlo junto con el águila dorada capturada cuando los rebeldes tendieron una emboscada a la Novena Legión, poco después de que hubiese estallado la rebelión. Pero aquello ya era un botín suficiente, así que pensó en un mejor uso para el estandarte auxiliar.

—Déjalo clavado en el suelo a la entrada del bosque, donde lo encuentren fácilmente los romanos. Diles a tus hombres que amontonen a los pies del fuste algunas de las cabezas de los enemigos que han capturado. Quiero que los romanos sepan que, aunque hemos perdido la batalla, la rebelión no ha terminado. Así sabrán lo que les pasará cuando vengan a perseguirnos. Lucharemos contra ellos desde lo más profundo de cada bosque, desde cada panta-

no, bajo el amparo de la noche. Todos los hombres que envíen a por nosotros vivirán aterrados por las trampas y emboscadas. Los agotaremos, golpeando desde las sombras. Lo juro por Andraste. ¡Somos los icenos, los mejores guerreros de nuestra isla, y no descansaremos hasta vengar a nuestros caídos, mientras uno solo de nosotros respire y pueda continuar la lucha!

Notó un movimiento junto a su hombro y al volverse vio a su hija menor que caía al suelo del carro con un gemido. Boudica se agachó junto a ella.

—Merida! ¿Qué ha ocurrido?

—Mi pierna... —La joven apartó los pliegues de su manto y dejó ver una herida abierta tras la tela de sus pantalones. Un brote de temor sobrecogió el corazón de Boudica.

—¿Cómo...?

—Ha sido culpa mía. —Merida sonrió débilmente—. Ordené a nuestro conductor que bajara la ladera para animar a nuestros guerreros. No vi la jabalina romana hasta que fue demasiado tarde y entonces... —Señaló impotente la herida.

Boudica había sacado su daga y cortaba a toda prisa una tira de tela del borde de su manto.

—Quítale los pantalones —dijo a Bardea. Cuando la herida quedó expuesta, Boudica tuvo que contenerse para no lanzar una exclamación; el daño era considerable, así como la cantidad de sangre que brotaba de la carne desgarrada—. Sujétala.

Dispuso rápidamente el vendaje improvisado, y luego ató la tira de cuero que llevaba en la cabeza su hija en torno a su muslo, por encima de la herida. Merida respingó, dolorida.

—Lo siento. —Boudica le acarició la mejilla con la mano—. Tenemos que parar la sangre. Y ahora, échate. —Se volvió a Bardea—. Mantenlo así, bien tirante.

—Sí, madre.

Boudica se puso de pie, pero antes de que diera la orden de continuar notó que tenía las manos llenas de sangre. La sangre de su hija. Palideció, horrorizada, y se la limpió en el manto.

—Salgamos de aquí. ¡Vamos!